

Según Mairena, el poeta es el hombre que cree en la realidad tal como se le presenta: el hombre de lo inmediato, del anverso del ser: «Pensaba mi maestro» (es decir, Abel Martín) «que la poesía, aun la más amarga y negativa, era siempre un acto vidente, de afirmación de una realidad absoluta, porque el poeta cree siempre en lo que ve, cualesquiera que sean los ojos con que mire. El poeta y el hombre. Su experiencia vital –y ¿qué otra experiencia puede tener el hombre?– le ha enseñado que no hay vivir sin ver, que sólo la visión es evidencia y que nadie duda de lo que ve, sino de lo que piensa (...) Para el poeta sólo hay (...) pura evidencia, que es el ser mismo (...) El ser poético no le plantea problema alguno; él se revela o se vela; pero allí donde aparece, es».

El filósofo, en cambio, es el hombre que cree ante todo en lo invisible por excelencia: no en la realidad misma sino en el valor absoluto de las determinaciones que él traza en la superficie de la realidad para poder orientarse. El filósofo es el hombre de lo mediato, del reverso o la sombra del ser: de la nada, en cierto modo; de las abstracciones a las que él ha reducido las diferencias inagotables de lo real.

Estas observaciones recuerdan la división de la palabra (a partir de la cultura griega) en dos modalidades, filosofía y poesía, divorcio en el cual a la filosofía le toca el dominio de lo inteligible y a la poesía el de lo sensible. (De hecho en este punto Machado casi coincide con las páginas iniciales del libro *Filosofía y poesía* de María Zambrano, donde se afirma que la filosofía se separa de la poesía cuando se hace violencia a sí misma y sustituye la mirada de admiración ante la riqueza de las cosas por la distancia que le permite pensarlas).

Gracias a su condición ambigua, el apócrifo Juan de Mairena detecta además cierta tendencia de la filosofía y la poesía a entrelazarse, a contagiarse la una a la otra, un fenómeno que se sitúa históricamente en vida de Machado.

Es decir, las relaciones complementarias entre el poeta Machado y su apócrifo Mairena el filósofo se generalizan: se extienden a muchos otros filósofos y poetas en el cambio de siglo: «Algún día (...) se trocarán los papeles entre los poetas y los filósofos (...) Y estarán frente a frente poeta y filósofo –nunca hostiles– y trabajando cada uno en lo que el otro deja».

En virtud de este moderno acercamiento la poesía pasa a inspirarse en la crítica de la filosofía en cuanto fe racional: algunos poetas, al igual que Juan de Mairena en sus prosas, plantean en sus poemas el problema de la unidad del ser, de la voluntad de absoluto de la conciencia y sus entes de razón: «Los poetas cantarán su asombro por las grandes hazañas metafísicas, por la mayor de todas, muy especialmente, que piensa el ser fuera del

tiempo, la esencia separada de la existencia, como si dijéramos, el pez vivo y en seco, y el agua de los ríos como una ilusión de los peces. Y adornarán sus liras con guirnaldas para cantar esos viejos milagros del pensamiento humano (...) Así hablaba Mairena, adelantándose al pensar vagamente en un poeta a lo Paul Valéry». Y nosotros nos atreveríamos a añadir a este linaje de poetas metafísicos la obra de otro apócrifo machadiano, Abel Martín, con su soneto a la nada, además del último Juan Ramón Jiménez, el *Cántico* de Guillén o *Muerte sin fin* del mexicano José Gorostiza.

Los poetas de este tipo se dedican a escrutar la metafísica en sus propios poemas (a diferencia de Antonio Machado, que, en la mayoría de los casos, la criticaba en las prosas de su apócrifo Juan de Mairena). Y, al hacerlo, transfieren su capacidad de admiración, tan propia de los poetas en general, a aquello mismo que la razón se niega a reconocer porque es índice de su debilidad frente al mundo: su propio nihilismo, su labor de abstracción: «es un portento digno de asombro esta fuerza de aniquilación, este poder desrealizante (...) Maravilla cuán milagrosa es la virtud de nuestro pensamiento para penetrar en la enmarañada selva de lo sensible, como si no hubiese tal selva, y pensar el hueco y lugar que esta selva ocupa». Pues el mundo inteligible, en lo que tiene de ordenado y figural, ya viene a ser de por sí una fabricación, un poema de nuestro pensar. Un poema, además, apócrifo (aparece aquí de nuevo esta palabra-clave) porque, en cuanto abreviación de la realidad, no tenemos ninguna seguridad de que la exprese adecuadamente: «Vivimos en un mundo esencialmente apócrifo, en un cosmos o poema de nuestro pensar, ordenado o construido todo él sobre supuestos indemostrables. Postulados de nuestra razón, que llaman principios de lógica (...) Lo apócrifo de nuestro mundo se prueba por la existencia de la lógica, por la necesidad de poner el pensamiento de acuerdo consigo mismo, de forzarlo, en cierto modo, a que sólo vea lo *supuesto* o puesto por él, con exclusión de todo lo demás». Pero aún más prodigiosa es la fe en la razón, a pesar de su aparente fracaso: a pesar de que la razón, en su busca de la unidad, parezca alejarse de la variedad de lo real, en vez de penetrarla: «Porque describiendo el intelecto humano de una manera impresionante, como un hacha que se abre paso a través de un bosque, no se dice su virtud milagrosa, pues no hay tal hacha ni semejante tala, sino que la arboleda subsiste intacta, y allí donde ella está se piensa otra cosa». Y Juan de Mairena también considera poético el carácter inmaterial de lo inteligible, su condición de reverso o sombra del ser, que inspira el soneto de Abel Martín al Gran Cero o la Nada del pensamiento humano. Pues esa misma generalidad dota a las ideas de una gran poder de mediación, de objetividad, que nos permite no sólo tratar con el mundo, sino también salir

de nosotros mismos y comunicar con los demás a través de ellas: «La fe platónica en las ideas trascendentes salvó a Grecia del *solus ipse* en que la hubiera encerrado la sofística. La razón humana es pensamiento genérico. Quien razona afirma la existencia de un prójimo, la necesidad del diálogo, la posible comunión mental entre los hombres (...) Sin la absoluta trascendencia de las ideas, iguales para todos, intuibles e indeformables por el pensamiento individual, la razón, como estructura común a una pluralidad de espíritus, no existiría».

Y, en este moderno trueque de papeles entre filósofos y poetas al que Mairena alude, ¿cómo tiene lugar el tránsito en dirección contraria, es decir, el movimiento del filósofo hacia la poesía? Según Mairena, en la filosofía más reciente se advierte una tendencia a asumir un problema tan específicamente poético como el paso del tiempo, la irreversibilidad del tiempo vivido: «Los filósofos, en cambio, irán poco a poco enlutando sus violas para pensar, como los poetas, en el *fugit irreparabile tempus*. Y por este declive romántico, llegarán a una metafísica existencialista, fundamentada en el tiempo; algo en verdad poemático más que filosófico. Porque será el filósofo quien nos hable de angustia, la angustia esencialmente poética del ser junto a la nada». Y concluye: «Y para penetrar en el ser, no hay otro portillo que la existencia del hombre, el ser en el mundo y en el tiempo (...) Tal es la nota profundamente lírica que llevará los poetas a la filosofía de Heidegger, como las mariposas a la luz»

Para precisar aún más esta aproximación recíproca de poesía y filosofía, podríamos decir que los modernos poetas tocados de metafísica se inspiran en una nada puramente intelectual: ellos admiran el trabajo negativo del pensamiento que reduce la diferencia de lo real. En cambio, los metafísicos modernos que poetizan, meditan sobre una nada existencial: sobre cómo la diferencia de lo real afecta negativamente al poeta en cuanto hombre, produciéndole inquietud.

Pues ahora Mairena nos revela el riesgo que corre la mirada espontánea del poeta, sometida a la contingencia de lo real: una mirada a la que no siempre le toca admirar presencias, sino también lamentar ausencias. Ya que, a diferencia del filósofo, al poeta no le cabe el consuelo de las representaciones: «A vosotros, que vais para poetas, artistas imaginadores, os invito a meditar sobre este tema. Porque también vosotros tendréis que habéros las con presencias y ausencias, de ningún modo con copias, traducciones ni representaciones». Y de este modo termina por afirmar: «Y en verdad, el mundo del poeta, su mundo es casi siempre materia de inquietud».

Esta declaración explica que las alusiones de Juan de Mairena a filósofos como Heidegger o Bergson, le den pie a exponer la poética de Antonio

Machado, ya que reconoce en ellos la preocupación del poeta sevillano por la inquietud existencial en general o, más concretamente, por el problema del tiempo.

Para Mairena la angustia constituye la forma más general de la inquietud existencial. La angustia consiste en un sentimiento inexplicable: se siente angustia al anticipar un mal indefinido, al presentir algo negativo que todavía no sabemos lo que será.

De ahí que Juan de Mairena considere importante el hallazgo de un texto muy temprano de Machado donde el poeta constata que la angustia lo ha acompañado siempre desde la infancia y a propósito del que comenta: «¿Es que somos algo heideggerianos sin saberlo? Estos versos, escritos hace muchos años y recogidos en tomo hacia 1907, pueden tener una inequívoca interpretación heideggeriana». Se trata de una poesía muy conocida de su primer libro *Soledades, galerías y otros poemas* y que dice así:

Es una tarde cenicienta y mustia,  
destartalada, como el alma mía;  
y es esta vieja angustia  
que habita mi usual hipocondría.  
La causa de esta angustia no consigo  
ni vagamente comprender siquiera;  
pero recuerdo y, recordando, digo:  
sí, yo era niño y tú mi compañera.

Esta conjunción de angustia, infancia y poesía resulta altamente significativa. Ya en su famoso análisis Kierkegaard asociaba la angustia a la inocencia infantil. Pues si la angustia constituye la forma de posibilidad de la inquietud existencial (la sensación de no poder determinar lo negativo que nos aguarda), es lógico que se origine en la infancia, que es cuando se ignora todo acerca de la vida que se tiene por delante.

Pero, al fundar la angustia en la infancia, antes de la implantación de la razón, Mairena llega a su vez a considerarla lo primordial y distintivo humano. Como él dice, un hecho psíquico de raíz, la inquietud existencial, se adelanta al conocer, dando lugar a una persistente relación de la conciencia con el mundo que, por ser emotiva, se presta sobre todo a ser captada por el poeta.

Juan de Mairena suele imaginarse la escena primordial del nacimiento de la conciencia angustiada como un recuerdo infantil donde unos niños juegan inocentemente mientras en torno flota el sonido amenazador de un instrumento grave o el zumbir monótono de un insecto. Y a este propósito cita unos versos de Machado: